



La Singularidad en la Pandemia

Claudia Schutt

Elina Wechsler

El hábito de la desesperación es peor que la desesperación misma.
Albert Camus. *La peste.*

A principios de 2020 cuando el virus se empezó a derramar sobre el mundo, entendimos por qué Freud en *El malestar en la cultura*, nombró como una de las causas de la infelicidad del hombre a la Naturaleza hiperpotente que lo somete, junto al cuerpo y los vínculos con el otro. Más habituados a trabajar sobre los dos últimos, nos vimos sorprendidos por la potencia de la Naturaleza que eclosionó sin que estuviéramos advertidos. Sabemos que el traumatismo se produce justamente por la falta de preparación del aparato psíquico para tramitar un desencadenante cuya magnitud esta vez fue brutal.

Pasado casi un año nos enfrentamos a un traumatismo acumulativo: pasa el tiempo y cada vez hay más contagios, nuevas olas, nuevas cepas, nuevos confinamientos, millones de muertos, enfermos con secuelas irreversibles. Hemos pasado de la incertidumbre radical de los comienzos a tener vacunas de las que ni siquiera sabemos si podrán contra las nuevas cepas que nadie esperaba. La desesperanza invade; nadie sabe pronosticar cuando el virus dejará de mutar y de matar.

La realidad ha enfermado, la locura ganó la escena; de los anticuerpos psíquicos de cada quien dependerá la fuerza con que este traumatismo impacte.

Atacados por la peste, y parafraseando a Sartre: *el infierno son los otros*. El otro es susceptible de contagiar y de matar; de allí el perfil paranoide que no solo se ha instalado

en los vínculos sino que ha repercutido en el ritual de la escenografía analítica. La creatividad sobre el dispositivo nos despertó de más de cien años de una práctica homogénea que hasta la irrupción del virus nunca cuestionamos.

Por otro lado, el sujeto pandémico está recluido a merced de la pulsión de autoconservación. Si ésta toma todo el espacio, si nada se le pide a Eros por el miedo, si los sujetos se acantonan en prácticas obsesivas o maniobras fóbicas y le echan la culpa a virus, ahí estamos los analistas, al otro lado del teléfono o de la imagen virtual para intervenir y diferenciar lo que es del virus y lo que es de cada sujeto.

En la subjetividad la pandemia no inventa nada; sólo desencadena, refuerza, encuentra una nueva y enorme causa para que los síntomas se desplieguen, jueguen a sus anchas, tengan razón al fin pues las buenas razones de la neurosis nunca cesan.

Este real traumático afecta por tanto a todos pero no de la misma manera. Se trata de poder representarlo y conectarlo con la estructura de cada analizante. Se trata de conectar este *Mal epocal* que a todos nos afecta con los males singulares de cada sujeto que sufre. Se trata de escuchar el relato manifiesto tan adherido al peligro del virus, sobre todo en los comienzos, pero no quedar capturados por él.

En algunos - que la desmerecen - operar sobre la negación que puede llevarlos a tomar riesgos fatales. En primera fila, los jóvenes en pleno desafío ante la enfermedad y la muerte. En la otra punta, los adultos mayores que se niegan a dejar de vivir lo poco que les queda. En otros, acotando la intoxicación de realidad que aparece imaginariamente como causa.

Comienzo del desconfiamiento. Suena el teléfono. Es Inés que llama para su sesión habitual. Llora, relata que está muy angustiada por la pandemia, que no sabe qué hacer o no hacer.

—¿Veo a mi madre, y si la contagio? ¿Voy al primer encuentro con amigos, y si me contagian? —Entonces se interrumpe y dice: —Espere un segundo. Escucho que contesta al timbre; —Si, sube, pero estoy en sesión. Te abro. Repite que está muy angustiada. Aunque lo supongo, le pregunto: —¿A quién abrió? —A Miguel —responde.

iAh! —digo— ¡Está tan angustiada porque sube Miguel!

Ríe. Yo también.

Reímos porque sabemos que me consultó hace un par de años porque no podía tener una pareja. Se las había arreglado para arruinar - era la palabra que repetía - el vínculo con todos los hombres de su vida, que fueron muchos. Quería tener hijos, no le quedaba

mucho tiempo. Vivía sola; cuando eclosionó el Covid Miguel, su nuevo amor, le propuso pasar juntos la cuarentena. Están pensando en continuar así.

Mi intervención conectó la angustia que estaba desplazada al miedo al contagio porque de otro contagio se trataba. Sabemos que en la fobia la angustia está ligada al acto que no se puede realizar para llevar adelante el deseo.

Los que no creen en el Inconsciente intentan hacer encajar a toda la humanidad en una supuesta universalidad - depresión generalizada, nueva normalidad para todos - desestimando lo que nosotros, analistas, nunca desestimamos porque nos perderíamos con ellos: el uno por uno, cada historia que revierte inexorable en qué hacemos o no con la pandemia, con las defensas habituales que ahora se despliegan en un espejo de aumento.

Nuestro hábitat es hoy más que nunca el silencio y la palabra. El inconsciente del paciente no está confinado: sigue escribiendo cuando habla; el del analista tampoco: sigue leyendo a través del depósito de significantes de cada cura. Este momento atípico puede conducir, incluso, a lo inédito que había caído bajo la represión y surge ahora activado por el plus de trabajo psíquico que la pandemia exige: sueños, recuerdos que remiten a otros momentos, a otras escenas traumáticas.

Julia, de cincuenta años, consultó por un matrimonio desgraciado. Al poco tiempo se divorció. Profesional, madre de dos hijos ya mayores, es la quinta hija de una familia de la que poco sabía. Llegó el confinamiento y eclosionó una idea obsesiva que nunca había tenido: la tentación de tirarse por la ventana; así podría salir - decía - cuando intentaba que el humor mitigara su angustia. En un sueño apareció una imagen borrosa de su madre muy delgada, muy desmejorada.

—¿Cómo murió su madre? —pregunté.

—Estaba enferma, internada desde hacía mucho tiempo en la clínica —contestó. No lo sé bien; yo estaba en Francia estudiando.

Llama para la siguiente sesión y relata que le preguntó a su hermana mayor como murió la madre. Luego de dudar la hermana le dice:

—Mamá no aguantaba más ese encierro; logró hacerse con pastillas y se suicidó.

—¿Cómo no me lo contaron! —exclamó.

—¿Para qué contártelo? —dijo su hermana—. Quisimos ahorrarte sufrimiento.

Treinta años después, confinada como su madre, la sombra del objeto con su estela de sabido/insabido había caído sobre el yo produciendo en su retorno la idea obsesiva que desapareció cuando el suceso traumático pudo ser apalabrado.

Se trata de no caer en la estética de la melancolía, de sublimar y producir fantasía, ilusión, sueños tanto en nosotros como en nuestros pacientes.

De la apuesta pulsional, del deseo del analista dependerá que el lazo transferencial, si está atacado por Tánatos como por Tánatos está atacado el mundo, no se interrumpa. Si campa a sus anchas la resistencia se hará uso de la pandemia para detener el proceso. Por otro lado, el encierro ha estabilizado a obsesivos por la falta de la contingencia de la que están libres por un tiempo; a fóbicos que no tuvieron que vérselas con el otro que podría devorarlos.

El deseo del analista moviliza el del paciente, la posibilidad de corte de la repetición, cara explícita de la pulsión de muerte. Aunque la muerte real ande rondando, para nosotros sigue siendo otra la que cuenta: la muerte en vida, el goce parasitario que se interpone entre el sujeto y su posibilidad de amar y trabajar, tal como definió Freud la meta del análisis.

Nuestra tarea es, sobre todo en este tiempo, reintroducir la pulsión de vida en su campo a través de *la erótica de la transferencia*, tal como apunta Massimo Recalcati que agrega que ahora se trata de una posición analítica de *sujeto supuesto vivir* en lugar de *sujeto supuesto saber*.

Seguir desgastando inhibiciones, síntomas, angustias para poder *llegar a transformar la miseria neurótica en infortunio ordinario*, otro eje de la cura según Freud. Hoy el infortunio ordinario es extraordinario. ¿Pero acaso no siguió el maestro analizando, y aún, modificando la teoría en otros infortunios extraordinarios? La guerra, la gripe española que mató a su hija Sophie, la persecución nazi en Viena, el exilio. ¿Acaso no siguió Melanie Klein inventando y practicando el análisis con niños mientras las bombas caían sobre Londres?

De seguir ocupando el lugar asimétrico marcado por el dispositivo - en presencia de los cuerpos ayer o sin ellos hoy - se trata, ya que la presencia del analista no debe confundirse con la presencia de la consulta y el diván, ritual del que parece tenemos que empezar a hacer cierto duelo. Sabemos que no hay duelo sin marca; aún es pronto para saber cuál será la marca predominante después de que la peste acabe pero queremos insistir en que no será la misma para todos, de allí nuestro título: *La singularidad en la pandemia*.

Es imprevisible saber cómo continuarán los análisis cuando al fin este horror concluya aunque intuimos que la modalidad telemática ha venido para quedarse no solo en nuestro campo. Para la nueva modalidad algunos estábamos más preparados. Los que ya habíamos comprobado que podían dirigirse curas a través de la voz - nuestra herramienta fundamental - porque atendíamos pacientes que estaban lejos, aparentemente lejos aunque tan cerca si la transferencia había logrado su misión de sostener la pregunta, el laberinto



de la libre asociación, la caída del síntoma al que conduce una buena interpretación, una pregunta, una intervención, una atinada construcción.

Teníamos ya más ajustado el nuevo dispositivo que ahora es, hasta nuevo aviso, el más habitual. Quitarnos la mascarilla y seguir escuchando desde la trinchera a pesar de nuestra propia incertidumbre, de nuestro propio miedo que tenemos que apartar para atender el de ellos, nuestros pacientes.

Ahora estamos donde no estábamos, donde no se nos esperaba: al otro lado del teléfono o de la cámara; estamos de otra manera aunque ocupando el mismo lugar. Desestimemos a los que siguen proclamando que la escucha sólo es atendible en un espacio acotado. Para ello, volvamos a Freud y su enseñanza.

Gustav Mahler pidió por dos veces entrevistas al maestro que el mismo compositor canceló. Sin embargo, un tiempo después y estando Freud de vacaciones, le mandó un telegrama urgente porque urgente era su malestar: no podía componer, estaba aterrado de que su mujer Alma lo dejara. El episodio se saldó con cuatro horas de escucha e interpretación en un largo paseo por el campo. Mahler se benefició enormemente según los biógrafos de ambos. Pudo volver a componer, entendió que Alma nunca lo dejaría a pesar de la diferencia de edad porque estaba con él justamente por eso. Representante del padre, no lo cambiaría por el joven arquitecto Gropius que la estaba rondando con quien finalmente se casaría tras la muerte de Mahler.

Otra enseñanza de este breve capítulo de la historia freudiana: debe atenderse la demanda cuando proviene del analizante. Si hay que esperar, se espera. Algunos pacientes, los menos en nuestra experiencia, no quisieron seguir sin sus sesiones presenciales al comienzo de esta crisis pero volvieron. Otros no: los que no tenían una transferencia constituida, los que no habían arribado a la rectificación subjetiva, al qué tenían que ver ellos en el sufrimiento que padecían.

Veinte años antes, los tratamientos no hubieran podido sobrevivir porque si hacemos una distopía retrospectiva constataremos que la revolución digital no fue un agregado sino un cambio de paradigma. Esta situación se hace especialmente evidente tratamientos con niños y adolescentes para los cuales lo telemático se ha vuelto necesario cuando antes era inconcebible. También para muchos adultos que necesitan de la imagen además de nuestra voz en el teléfono.

¿Puede crearse lazo analítico por teléfono o telemáticamente? Nuestra respuesta es que sí; tenemos hoy pacientes a los que nunca vimos presencialmente, a los que solo escuchamos; aquéllos en quienes se disparó un malestar que traían de muy atrás; el confinamiento o el desconfinamiento actuaron entonces como desencadenantes de consultas que tal vez nunca se hubieran producido. La soledad sintomática de muchos, taponada hasta



entonces por el mandato al trabajo que se esfumó de golpe; la hiperconectividad social de otros, angustiados hoy por su falta, pudieron ser interrogados por primera vez.

Muchos habrán comprobado que el proceso analítico se mantiene a pesar de la ausencia de los cuerpos porque se trata de la presencia de la palabra y la escucha, y querrán seguir de esta manera. ¿Por qué no?

Habrà sido entonces la oportunidad de un cambio en el esquema así llamado ortodoxo si nos ubicamos a la altura de nuestro tiempo para que no sea el Psicoanálisis el que muera en esta pandemia.

Resumen

Este trabajo pone el acento en los efectos subjetivos de la pandemia más allá de consideraciones sociológicas. De allí la importancia de mantener la posición del analista y la escucha psicoanalítica. El texto da cuenta de nuestra práctica sin la presencia del consultorio y del diván así como de la enseñanza freudiana al respecto. Algunas viñetas ilustran la clínica de este tiempo.

Palabras clave

Pandemia. Análisis a distancia. Deseo del analista.

The uniqueness in the pandemic

Summary

This work sheds light on the subjective effects of the pandemic beyond the sociological considerations. Because of this keeping the position of the analyst and psychoanalytic listening is important. The text talks about the practice without the presence of the office or the couch as well as the freudian teachings in this situation. Some vignettes show today's clinic.

Key words

Pandemic. Remote analysis. Analyst wish.

La singularité de la pandémie

Résumé

Cet article met l'accent sur les effets subjectifs de la pandémie, au-delà des considérations sociologiques. D'où l'importance de soutenir la position de l'analyste et l'écoute analytique. Le texte rend compte de notre pratique sans la présence du cabinet ni du divan ainsi que de l'enseignement freudien sur le sujet. Quelques vignettes illustrent la clinique de cette période.

Mots-clés

Pandémie. Analyse à distance. Souhait d'analyste.



REFERENCIAS

- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. *Obras Completas* (vol. 18). Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- _____. (1930). El malestar en la cultura. *Obras Completas* (vol. 21). Buenos Aires: Amorrortu, 1986.
- Jones, E. (1953). *Vida y obra de Sigmund Freud* (vol. II). Barcelona: Anagrama, 2006.
- Recalcati, M. (2020). video APA.
- Sartre, J.-P. (1944). *A puerta cerrada*. Madrid: Lozada, 2017.